

ta el día 18 que se dió el de la garita de México; pero fué rechazado al pié de la cuesta China en la línea que tenían fortificada los republicanos.

El 30 de Marzo, una comisión de generales presidida por Miramon, ofreció al Emperador en nombre del ejército la medalla del mérito militar; el acto se verificó en la plaza de la Cruz y aceptándola Maximiliano, llevó desde entonces esa condecoración que serviría para estímulo de todos. (1)

Después de la salida del general Márquez, el ejército imperial que defendía á Querétaro quedó reducido á siete mil hombres, mientras que el de los republicanos creció hasta treienta mil. Ya los imperialistas habían adoptado definitivamente como medida salvadora, el plan de permanecer á la defensiva, hasta la llegada de las fuerzas auxiliares que hubiese de conducir el general Márquez, ejecutando tan sólo parciales salidas contra los sitiadores; tal sistema dió por resultado las grandes pérdidas que sufrió el ejército imperial, ya por las balas de los republicanos, ya por las muchas enfermedades que se desarrollaron, á consecuencia de las malas condiciones higiénicas de las tropas sitiadas y por la desercion, quedando reducidos los defensores de Querétaro en el último período del sitio, á cinco mil hombres, que hicieron esfuerzos gigantescos aunque del todo inútiles.

Miramón fué el alma de aquella ardorosa resistencia. Aprobados por Maximiliano sus planes, los ejecutó é hizo ejecutar con singular energía y constancia causando á los republicanos tales pérdidas, que á veces se creyó por los sitiados inminente el levantamiento del sitio.

El 1.º de Abril fué ejecutada otra salida para desalojar á los republicanos del

(1) El 30 de Marzo expidió Maximiliano la orden que prevenía á todos los individuos recomendados para recibir condecoración, que se reunieran en el cuartel general de la Cruz á las cuatro de la tarde. Todos los gefes y oficiales subalternos se formaron allí en línea, según los grados, y frente á ellos los generales Miramón, Castillo, Mejía, Mendez, Arellano y Valdés, al lado de ellos estaba, por orden expresa de Maximiliano, el Príncipe Salm-Salm. Puso el Emperador en el pecho de los agraciados medallas de bronce, de oro ó de plata, según los méritos contraídos.

Cuando Maximiliano se retiraba, tomó el general Miramón, de manos del coronel Pradillo, portador de las condecoraciones, una de bronce, y acercándose al Emperador le dijo: *Vuestra Majestad ha condecorado á sus oficiales y soldados, como un reconocimiento por el valor, fidelidad y adhesión. A nombre del ejército de Vuestra Majestad, me tomo la libertad de entregar esta insignia de valor y honor, al mas valeroso de todos, que siempre ha estado á nuestro lado en todos los peligros y fatigas, dandonos el mas brillante y augusto ejemplo, distincion que merece Vuestra Majestad antes que ningun otro*

Quedó Maximiliano sorprendido y sumamente afectado, abrazó á Miramon, aceptó la medalla que usó desde entonces como su preferida y más estimada condecoración y de ella mostraba el lado en que decía: "Al mérito militar." La noche del mismo día 30, enviaron los generales una petición á Maximiliano, para que se dignase llevar en el pecho la medalla destinada al mérito militar, y terminaban su petición diciendole: "Tanto la Nación, á quien Vuestra Majestad se esfuerza en salvar y engrandecer, como la Historia imparcial, haran alguna vez justicia al Monarca de México, Maximiliano 1.º."



*General imperialista  
D. Manuel Ramírez Arellano.*

Ejerció importantes funciones en la defensa que de la plaza de Querétaro hizo Maximiliano; fué comandante general de artillería y algunos días jefe del Estado Mayor; contribuyó á organizar el ejército sitiado en aquella plaza; almacenó alguna pólvora y proyectiles procedentes de San Luis Potosí y Morelia; para elaborar pertrechos improvisó una fábrica de pólvora, una salitrería y la fábrica de cápsulas de cartón que suplieron los que generalmente se usan; para construir proyectiles usó del techo de plomo que cubría el teatro, y de algunas cañerías de la ciudad. Opinó en contra de la retirada del ejército imperial sitiado en Querétaro y en un folleto titulado "Últimas horas del Imperio" acusó á los generales imperialistas Leonardo Márquez y Miguel López de traidores á Maximiliano.

barrio y de la iglesia de San Sebastian, fortificada y bien defendida. Miramón, según sus intentos, salió de Querétaro á las tres de la madrugada, al frente de una columna de infantería, sorprendió el punto y sin detenerse continuó sobre la Cruz del Cerrito, otro edificio importante, cerca del cual iban muy avanzados los trabajos de los republicanos; también lo tomó y se apoderó de dos obuses de montaña, escapando casualmente de caer en su poder el general Antillón, jefe de aquel punto que guardaban tropas de Guanajuato.

Notando los republicanos que Miramón se había alejado mucho de su centro, quisieron cortar la columna de infantería y le obligaron á regresar á Querétaro, sosteniendo un serio combate con el cuerpo de Supremos Poderes, enviado á paso de carga por el general Escobedo para apoyar los puntos atacados. En ese encuentro fué herido en una rodilla el coronel Farquet, muy adicto á Miramón, y á consecuencia de la herida murió á los pocos días. A las nueve de la mañana ya había regresado Miramón con los prisioneros y los dos obuses de montaña capturados.

Sin otro acontecimiento extraordinario transcurrieron los primeros días del mes de Abril; tan sólo se activaron dentro de la plaza los trabajos de defensa, principalmente al Sur de la ciudad. Celebraron los sitiados el día 10, aniversario de la aceptación del trono por Maximiliano, yendo una comisión á felicitarle en el cuartel general, en cuyo acto el ministro García Aguirre le dirigió una alocución, que contestó el Emperador recordando que el 16 de Septiembre de 1864 había ofrecido: "*que si nuevos peligros amenazaban á nuestra querida Patria, se le vería combatir por su Independencia y su integridad;*" los que le rodeaban eran testigos de que sostenía sus promesas. También recordó haber dicho: "*que sin efusión de sangre y sin sufrimientos no se verifican triunfos humanos, ni hay desarrollo político, ni progreso duradero.*" que entonces había asegurado que permanecería firme en el puesto que los votos de la Nación le habían hecho ocupar y que no vacilaría en cumplir sus deberes, "*jamás en los momentos difíciles abandona un Hapsburgo su puesto*" "*Estoy luchando en unión de vosotros y en el porvenir seguiré con la misma conciencia el camino del deber.*"

El día siguiente al de aquella felicitación, tuvo verificativo un reconocimiento sobre la garita de México, poco distante del cuartel general de Cruz, con objeto de que pasaran por entre los sitiadores, á favor del combate, algunos correos que conducían comunicaciones para el general Márquez, cuya tardanza inquietaba ya á todos los sitiados. En el silencio de la noche se formó una fuerza considerable al mando del Príncipe de Salm en la plaza de la Cruz, compuesta del batallón del Emperador, el 3.º de línea y los cazadores, apoyandola otra fuerza de caballería formada con los dragones de la Emperatriz y los húsares encargados de voltear la posición de la Cruz y extenderse en las llanuras de Carretas. El combate comenzó al amanecer; pero estando fortificadas en regla la garita lo mismo

que el mesón y las casas que le rodeaban, fueron rechazados los imperialistas con grandes pérdidas, sin haber obtenido ventaja alguna.

Desde el 3 de Abril, cuando faltaban dos días para que se cumpliera el plazo en que Márquez había ofrecido estar de regreso en Querétaro, se mostraba muy sorprendido Maximiliano por no haber recibido noticias de la capital, supuesto que ese general podía contar con la protección del clero en las poblaciones situadas entre Querétaro y México. Maximiliano comenzó á abrigar sospechas de Márquez; pero cuando se le escapaban respecto á este general algunas palabras, él mismo se contrariaba diciendo: "no, no, eso es imposible"

Las provisiones y el parque seguían escaseando y Maximiliano no podía menos que confesar que la situación de los sitiados se hacía mas y mas embarazosa. Recibir noticias de Márquez era de todo punto preciso, y el Príncipe de Salm fué comisionado para consultar con el general Mendez la manera de conseguir las; se convino en comprar espías y Mendez se puso de acuerdo con una mujer, con un indio y un oficial; si este último tenía éxito, debía ser ascendido y condecorado, los otros recibirían gratificaciones considerables; pero ninguno de ellos regresó.

El 5 de Abril, día que, á mas tardar, había fijado Márquez para volver á Querétaro, circuló en la ciudad sitiada el rumor de que había sido derrotado, lo que se consideró como invención de los enemigos de la causa imperialista. El 8 se creyó, al notar movimiento en el campo republicano, que se acercaba Márquez y hubo grande excitación en la Cruz.

En tales circunstancias se tuvo un consejo de guerra, y se hicieron varias proposiciones, una de las cuales consistía en romper el sitio y pasar entre el enemigo, á lo que se opuso el general Mendez, diciendo que si podía fiar en sus tropas para un combate, no respondía de ellas en una retirada peligrosa; después todos los generales excepto Miramón, opinaron que el Emperador saliera escoltado por la caballería, rompiendo la línea y se fuera á la Sierra Gorda, donde era absoluto el dominio del general Mejía; Maximiliano rechazó la proposición, considerando que era contra su honor abandonar al ejército, y que prefería morir ántes. Miramón opinó porque se podía sostener la ciudad aún por mucho tiempo, mientras regresaba Márquez, siendo del mismo parecer Maximiliano, quien estudiaba un ataque contra la garita de México, con objeto de apoyar á Márquez en el momento en que apareciera por la cuesta China.

Estas esperanzas ilusorias se desvanecían con la falta de noticias acerca de los refuerzos que había de conducir el general Márquez; inquietábanse cada vez más los sitiados en Querétaro, temiendo un nuevo ataque antes que llegaran los anhelados auxilios tan impacientemente esperados. Entretanto los sitiadores progresaban constantemente en sus trabajos de circunvalación, penetrando poco á poco en el barrio de San Sebastián, frente á la línea de los imperiales, cerca de la Cruz entre el Norte y Pateo, cubríanse los republicanos con las casas aspille-

randolas, ligándolas con fosos, flechas y trincheras, de manera que formaron posiciones formidables, y por aquella parte se había visto desde el 11 de Abril, que una salida era impracticable.

Además, el número de sitiadores aumentaba diariamente con refuerzos recibidos del Interior, así como también recibían armas, municiones, cañones y recursos de todo género. Esto venía á constituir una inmensa ventaja, pues los sitiados no podían reparar ni las menores pérdidas, disminuyendo sus fuerzas á medida que aumentaban las de los republicanos.

Ya entonces los víveres comenzaban á tener en la plaza precios fabulosos, resintiéndolo mucho los oficiales que solamente gozaban medio sueldo. Los defensores de la plaza también se esforzaban en sus obras que aparecían respetables; guarnecieron con artillería las aproches de la Cruz, el jardín y el panteón; á la izquierda del convento levantó una flecha la tercera compañía de ingenieros perteneciente á la brigada de reserva; esta compañía era constantemente diezmada y para ella establecieron sus oficiales un cementerio reservado en la parte interior del convento.

Día por día empeoraba la situación de los imperialistas y se desmoralizaban paulatinamente. Los caballos inútiles servían de alimento á los soldados y á la poblacion. Los proyectiles de los sitiadores no dejaban reposo á los sitiados, y los tiradores colocados en los bordes del río impedían que las acémilas fueran á abrevar; el acueducto que abastecía de agua á la ciudad había sido cortado y únicamente quedaban algunos pozos para surtirse de tan necesario elemento de vida; esto unido á la carencia de forrajes, á las fatigas y á la falta de cuidado, era motivo para la mortandad de los caballos y acémilas.

Una ley obligó en Querétaro á los exceptuados del servicio militar, á pagar una cuota mensual; muchos, á pesar de la excepción, fueron llevados al cuartel, se les cortó el pelo y vistieron el uniforme; aun ya vencido Querétaro se ocultó la realidad de la situación.

La divergencia de opiniones entre los generales Miramón y Méndez era otra causa seria de malestar; aseguraba éste que Miramón no se había puesto de buena fé al lado del Emperador y que tan sólo trabajaba por sus propias ambiciones é intereses. Mendez mandó decir á Maximiliano, que saliera lo mas pronto posible de la ratonera en que estaba y que estuviese en guardia con respecto á Miramón; que Mejía y el mismo Mendez le conducirían en salvo á la Sierra-Gorda y que si no seguía este consejo todos serían fusilados. Llegó á tal grado el acaloramamiento que cada uno de los generales, Mendez y Miramón, insistía en que el Emperador arrestase al otro.

El 19 de Abril quince oficiales dirigieron una carta al general Mejía, opinando que no quedaba que hacer, sino rendirse y apareciendo á la cabeza de los que firmaron, el general Silverio Ramírez, el coronel Rubio y comandante